

goza en su superioridad; prolonga la burla. Cuando Tibert, el gato, se cuelga, por consejo suyo, de la cuerda de la campana, queriendo tocar, explana la ironía, la gusta y la saborea: parece impacientarse contra el pobre necio á quien ha cogido en el garlito, le llama orgulloso, se queja de que el otro no le responda, de que quiera subirse á las nubes é ir en busca de los santos. Y así es, desde el principio hasta el fin, esa larga epopeya: no cesa la burla, ni deja de ser agradable. El zorro tiene tanto ingenio, que todo se le perdona. La comezón de reir es la característica nacional, y tan privativa, que á los extranjeros los desorienta y asombra. Ese placer no se parece en nada al gozo físico, que es despreciable, porque es grosero. El, al contrario, aguza la inteligencia, y permite descubrir muchas ideas delicadas ó escabrosas; los *fabliaux* están llenos de verdades sobre el hombre y más aún sobre la mujer, sobre las condiciones humildes y más aún sobre las elevadas; es una manera de filosofar á hurtadillas y atrevidamente, á despecho de todo convencionalismo y contra todo poder. Ese gusto tampoco tiene nada de común con la verdadera sátira, que es repulsiva, porque es cruel; al contrario, provoca el buen humor; se ve pronto que el bromista no es malo, que no quiere herir; si pica, es como una abeja sin veneno; un minuto después no piensa en tal cosa; en caso preciso, se tomará á sí propio por objeto de burla; todo lo que desea es alimentar en sí mismo y en nosotros una ebullición de ideas agradables. ¿No veis aquí y de antemano la cifra y compendio de toda la literatura francesa; la impotencia de la alta poesía, la perfección súbita y durable de la prosa, la excelencia de todos los géneros que tocan á la conversación y á la elocuencia; el reinado y la tiranía del gusto y el método;

el arte y la teoría del desarrollo y de la coordinación; el don de ser mesurados, claros, entretenidos y atractivos? Cómo se ordenan las ideas, he ahí lo que hemos enseñado á Europa; cuáles son las ideas atractivas, he ahí lo que hemos mostrado á Europa; y he ahí lo que nuestros franceses del siglo XI van á enseñar á sus sajones, durante quinientos años, á lanzadas, á palos y á palmetazos.

IV

Fijaos, pues, en ese francés, normando, angevino ó manseño, que con su cota de malla bien cerrada, con su espada y su lanza, ha ido á Inglaterra en busca de fortuna. Haciéndose dueño de la hacienda de algún sajón que perdió la vida, se ha establecido allí con sus soldados y sus camaradas, dándoles tierras, casas y peajes, á cargo de combatir bajo él y por él, como hombres de armas, mariscales y abanderados: es una liga en previsión del peligro. En efecto; están en país enemigo y conquistado, y necesitan sostenerse. Cada cual se ha construido un lugar de refugio, un castillo ó fortaleza (1) bien parapetada, de sólidas piedras, con ventanas angostas, con almenas, guarnecida de soldados y provista de troneras. Después han ido á Salisbury hasta sesenta mil, todos poseedores de tierras, con los recursos suficientes para tener un caballo ó una armadura completa; allí, poniendo su mano en la

(1) A la muerte del rey Esteban había mil ciento quince castillos.

de Guillermo, le han prometido fidelidad y ayuda, y el edicto del rey declara «que todos deben hallarse unidos y conjurados como hermanos de armas» para prestarse defensa y auxilio. Son una colonia armada y acampada permanentemente, como los espartanos entre los ilotas, y hacen leyes en consonancia. Cuando en un cantón aparece muerto un francés, los habitantes tienen que entregar al matador ó pagar cuarenta y siete marcos de multa; si el muerto es inglés, á los del lugar corresponde probarlo mediante el juramento de cuatro parientes próximos del muerto. Que se guarden mucho de matar un ciervo, un jabalí ó una corza: por un delito de caza perderán los ojos. De todos sus bienes no han conservado nada sino «á título de limosna», ó á condición de tributo, ó bajo juramento de homenaje. Tal sajón libre y propietario ha venido á ser «siervo de la gleba en su propia heredad (1)». Tal sajona noble y rica siente pesar sobre sus hombros la mano de un criado normando que se ha hecho por la fuerza su marido ó su amante. Hay sajones de dos sueldos, de un sueldo, según lo que rentan á su amo; se venden, se alquilan, se explotan en aparcería, como un buey ó un asno. Un abad normando manda desenterrar á sus predecesores sajones y arrojar sus despojos fuera de las puertas. Otro tiene hombres de armas que á mandobles hacen entrar en razón á los monjes recalcitrantes. Figuraos, si podéis, el orgullo de esos nuevos señores, orgullo de vencedores, orgullo de extranjeros, orgullo de amos, alimentado por los hábitos de la acción violenta y por el salvajismo, la ignorancia y la furia de la vida feudal. «Todo lo que querían (dicen las antiguas crónicas) se lo creían per-

(1) A. Thierry: *Histoire de la Conquête de l'Angleterre*, II.

mitido. Derramaban la sangre arbitrariamente, quitaban el pan de la boca á los desgraciados, y se apoderaban de todo el dinero, de los bienes, de la tierra (1).» Por ejemplo: « todos los habitantes del país bajo se cuidaban mucho de aparecer humildes delante de Ives Taillebois, y de no dirigirle la palabra más que hincando en tierra una rodilla; pero, aunque se apresurasen á tributarle todos los honores posibles y á pagarle con usura todo lo que le debían en censos y servicios, los vejaba, los atormentaba, los torturaba, los aprisionaba, lanzaba sus perros en persecución del ganado... desjarretaba y deslomaba á las bestias de carga... y mandaba asaltar á sus servidores en los caminos á palos y á cuchilladas.» No era de esos infelices (2) de quienes podían ni querían tomar los normandos ninguna idea ni costumbre; los menospreciaban como «bestias y estúpidos.» Eran entre ellos, como los españoles del siglo XVI entre sus súbditos de América, superiores por la fuerza, superiores por la cultura, más instruidos en las letras, más expertos en las artes de lujo. Conservaron su lengua y sus costumbres. Toda la Inglaterra aparente — la corte del rey, los castillos de los nobles, los palacios de los obispos, las casas de los ricos — fué francesa, y los pueblos escandinavos, cuyos poemas se hacían cantar los reyes sajones sesenta años antes, creyeron que la nación había olvidado su lengua, y la trataron en sus leyes como si no fuese ya su hermana.

(1) Guillermo de Malmesbury. Ag. Thierry II, 20, 122-203.

(2) «Desde el año 652 (dice Warton) los anglosajones enviaban comúnmente sus hijos á educarse en los monasterios de Francia; y no sólo la lengua, sino hasta los modales franceses, se consideraban como un mérito y como signo de una buena educación.

Ahora, pues, se inaugura al otro lado de la Mancha una literatura francesa (1), y los conquistadores hacen esfuerzos porque sea muy francesa, pura de toda mezcla sajona. Ponen tanto empeño, que los nobles de Enrique II mandan sus hijos á Francia para preservarlos contra los barbarismos. Durante doscientos años, dice Hygden (2), «los niños de escuela, contra el uso y costumbre de toda nación, tuvieron que renunciar á su lengua propia, tuvieron que traducir en francés sus lecciones latinas y hacer en francés sus ejercicios». Los estatutos de las universidades obligaban á los estudiantes á no conversar más que en francés ó en latin. «Los hijos de los nobles aprendían á hablar francés desde que los mecían en la cuna; y los lugareños se afanaban en aprender á hablar francés para darse aire de doctores.» Con mayor razón es francesa la poesía. El normando ha llevado consigo su ministril; hay un juglar, Taillefer, que canta la canción de Roldán en la batalla de Hastings; hay una juglaresa, Adelina, que recibe una tierra en el reparto siguiente á la conquista. El normando que se burla de los reyes sajones, que desentierra los santos sajones y los arroja fuera de las puertas de la iglesia, no gusta más que de ideas y de versos franceses. En versos franceses le redacta Roberto Wace la historia legendaria de esa Inglaterra que acaba de conquistar y la historia positiva de esa Normandía donde aún sienta sus plantas. Entrad en una de esas abadías adonde van á cantar los ministriles, «donde los clérigos, después de comer y de cenar, leen los poemas, las crónicas de los reinos, las maravillas del mundo» (3), y no

(1) Warton, I, p. 5, Ed. Price, 1840.

(2) Trevisa's translation of Hygden's Polychronicon.

(3) Estatutos de fundación de New-College en Oxford. En

encontraréis más que versos latinos ó franceses, prosa francesa ó latina. ¿Qué es del inglés? Oscurecido, desdénado, no se oyé ya más que en boca de los degradados *francklins*, de los *outlaws* del bosque, de los porqueros, de los campesinos, de la clase baja. No se escribe ya ó poco menos; insensiblemente vemos alterarse y extinguirse el idioma antiguo en la crónica sajona; esa crónica se detiene un siglo después de la conquista (1). Los que disfrutan de bastante holgura y seguridad para leer ó escribir son franceses; para ellos se inventa y se compone; la literatura se amolda siempre al gusto de los que pueden saborearla y pagarla. Aun los ingleses (2) se esfuerzan por escribir en frances; por ejemplo: Roberto Greathead ó Grosse-teste, en su poema alegórico sobre el Cristo; Pedro Langtoft, en su crónica de Inglaterra y en su *Vida de Tomás Becket*; Hue de Rotheland, en su poema de *Ipomedon*; Kogerio Hoveden, y otros muchos. Varios escriben la primera mitad del verso en inglés, y la segunda en francés: extraña muestra del ascendiente que los modela y oprime. Todavía en el siglo xv (3), varios de esos infelices se dedican á tal faena: el francés es la lengua de la corte; de esa lengua ha venido todo poesía, toda elegancia; el que no tiene habilidad para manejarla es un zafio. A ella se aferran como nuestros eruditos de antaño á los versos latinos; los

la abadía de Glastonbury, en 1247: *Liber de excidio Trojae, gesta Ricardi regis, gesta Alexandri Magni*, etc. En la abadía de Peterborough: *Amys et Amelion, sir Tristram, Guy de Bour-gogne, gesta Otuelis, les prophéties de Merlin, le Charlemagne de Turpin, la destruction de Troie*, etc. V. Warton, *ibidem*.

(1) En 1154.

(2) Warton t. I, 76, 78.

(3) En 1400. Warton, t. III, 248. Gower muere en 1408; sus baladas francesas pertenecen á fines del siglo xiv.

unos se afrancesan, como los otros se latinizaban, á viva fuerza y con cierta especie de temor, convencidos de que no son más que aprendices y provincianos. Uno de sus mejores poetas, Gower, al final de sus obras en francés, se disculpa humildemente por no tener «la facundia del francés.—Perdonadme (dice), soy inglés».

Después de todo, sin embargo, ni la raza, ni la lengua han perecido. El normando tiene que aprender el inglés para comunicarse con sus terratenientes; su mujer, la sajona, le habla inglés, é inglés oyen sus hijos en los labios de su nodriza: fuerte es el contagio, puesto que se ve en la precisión de enviarlos á Francia para librarlos de la jerga que amenaza invadirlos en sus dominios. De generación en generación, el contagio se propaga: se respira en el aire, en las cacerías con la gente del monte, en los campos con los colonos, en las embarcaciones con los marineros; porque claro es que esa gente tosca, sumida del todo en la vida corporal, no va á aprender una lengua extraña, sino que, al revés, por el simple peso de su torpeza, impone su idioma, al menos en lo tocante á las palabras vivas. Nada se opone á que los términos eruditos, la lengua del derecho, las expresiones abstractas y filosóficas, todas las voces, en fin, del dominio de la reflexión y de la cultura, sean francesas, como así sucede: esa clase de ideas y esa clase de lengua están por encima de la gran masa, que, no pudiendo tocarlas, no puede alterarlas; todo eso constituye francés, francés colonial sin duda, estropeado, mascullado, pronunciado con una contorsión de gazarate «á la moda, no de París, sino de Stratford-at-Bow»; pero, así y todo, es francés. A la inversa, por lo que atañe á los actos usuales y á los objetos sensi-

bles, quien los nombra es el pueblo, el sajón: esos nombres vivos están demasiado arraigados en su experiencia para que los deseche, y así, toda la sustancia de la lengua procede de él. He ahí, pues, al normando hablando y entendiendo inglés, lentamente y á la fuerza: un inglés deformado, afrancesado, pero un idioma, al fin, de cepa y savia inglesa. Le ha costado tiempo, doscientos años: bajo Enrique III acaba de formarse el nuevo idioma, á la vez que la nueva constitución, y del mismo modo, por alianza y mezcla. El estado llano toma asiento en el Parlamento con los nobles, al par que las palabras sajonas toman puesto en la lengua juntamente con las palabras francesas.

V

Así se forma el inglés moderno, por transacción y por necesidad de entenderse. Pero ya se adivina que aquellos nobles, á pesar de hablar el naciente lenguaje, han conservado su alma llena de las ideas y aficiones francesas; Francia sigue siendo la patria de su espíritu, y la literatura que empieza no es más que una traducción. Traductores, copistas, imitadores; no hay otra cosa. Inglaterra constituye como una lejana provincia que es, con respecto á Francia, lo que eran los Estados Unidos, treinta años ha, con respecto á Europa: exporta lanas é importa ideas. Abrid los *Viajes* de sir John Mandeville (1), el más antiguo pro-

(1) Escribe hacia 1356, y muere hacia 1372.